

FRANCISCO VICENTE AGUILERA.- Bayamo 23 de 1821.

New York, febrero 22 de 1877

Por Fernando Figueredo Socarrás

FRANCISCO VICENTE AGUILERA Y TAMAYO nació en Bayamo, el 23 de junio de 1821. Fué hijo del Coronel Antonio Ma. Aguilera y de la Sra. Juana Tamayo e Infante, pertenecientes ambos a distinguidas familias de aquella antigua y legendaria ciudad. El Coronel Aguilera comandaba las milicias disciplinadas del Departamento Oriental.

Este matrimonio tuvo dos hijos: Antonio María y Francisco Vicente. El primero salió temprano de su ciudad natal. Estudió en Madrid y a su vuelta a Cuba, fijó su residencia en la Habana, donde contrajo matrimonio, muriendo sin sucesión. Francisco Vicente ("Pancho", como cariñosamente se le llamaba) empezó su educación en el mismo Bayamo y aún adolescente, fué enviado a Santiago de Cuba, donde completó su instrucción primaria. A los 15 años pasó a la Habana, ingresando en el colegio de Carraguao, que dirigía el Sr. Navarro. Después curso, sin terminar, la carrera de Leyes.

A los 25 años, volvió a Bayamo (1846), ocurriendo, a poco de su llegada, el sensible fallecimiento del autor de sus días.

A los 27 años, contrajo matrimonio, con la Srta. Ana Kindelán y Griñan, hija de Santiago de Cuba, descendiente, como Aguilera, de familia de noble alcurnia y admirada. Este enlace se vió favorecido por diez hijos: 5 hembras, Caridad, Juanita, Anita, Magdalena y María y 5 varones, Antonio, Francisco, Juan, Pedro y Eugenio, de los cuales quedan sólo, dos hembras, Anita y María y dos varones, Pedro y Eugenio. Aguilera residió siempre en Bayamo, rodeado del amor de su distinguida familia y siendo, a la vez, el centro y el alma de aquella culta y progresista sociedad.

Entregado a la dirección de su inmensa fortuna, que llegó a adelantar al extremo de hacerse el hombre más acaudalado en la región comprendida entre Trinidad y el extremo Oriente, pasaba su tiempo atendiendo a sus intereses, a los deberes de su familia y al cuidado de su anciana madre. Por su esmerada educación, por la bondad de su carácter, por sus sentimientos generosos y altruistas y, más que nada, por sus hábitos democráticos, Pancho Aguilera, vino a hacerse no sólo el director y consultor de aquella sociedad, sino el ídolo del pueblo, que lo adoraba y lo estimaba como su mentor, e inconscientemente como su futuro redentor. Era alto, esbelto, delgado, de facciones muy finas, de ojos lánguidos, de modales distinguidos, y como característica de su fisonomía, usaba una larga barba que se dejaba crecer hasta cubrirle el pecho y que tanto le aproximaba a un patriarca bíblico.

A principios de 1863 pasó por el inmenso dolor de perder a su madre, el amor de sus amores, y fué tal el efecto que produjera en él semejante pérdida, que su familia y amigos le aconsejaron se alejara de aquel escenario, emprendiendo un viaje al extranjero. Al que esto escribe, le cupo la dicha de acompañarle en ese viaje, que se efectuó en el mes de mayo de 1863, siendo los E. U. el primer país, visitado por él.

Una vez que recorrió aquel grandioso y admirable foco de Libertad y Democracia, Aguilera pasó a Europa, teniendo la inestimable suerte de atravesar el Atlántico, en unión de Domingo Goicouría, su condiscípulo de Carraguao y ahora su compañero en ideales y amor a la causa de la libertad de la Patria. A fines del año, volvió a su ciudad natal.

La situación de Cuba no podía serle indiferente. Saturada, como se encontraba su alma, de los principios de Justicia y Democracia, muerta su madre y creyéndose dotado de fuerzas moral, financiera y popular para acometer la empresa de libertar a Cuba, se decidió a afrontarla y ya, desde 1864, no pensó sino en levantar un altar en su corazón, a la consumación de su pensamiento.

2

100000

El fracaso de los comisionados cubanos, que en 1866, fueron a la Corte española a informar sobre la situación y necesidades de la Colonia, la afrentosa conducta de la Comisión Militar y la despótica de las autoridades, resolvieron a Aguilera y a algunos compañeros a iniciar la campaña de una activa conspiración.

La Gran Logia Masónica de Santiago de Cuba, deseando extender su fraternal propaganda, por todo el territorio Oriental, instaló Logias subordinadas en todas las localidades de alguna importancia y este fué un resorte precioso de que se valieron los patriotas para comenzar y propagar la santa idea de la Revolución. En una sesión de la R. Logia "Redención" de Bayamo, constituyó un Comité Central, que tuviera a su cargo la difusión de un programa revolucionario. Esa misma noche se reunieron en la palacial residencia de Pedro Figueredo (autor de nuestro Himno nacional) a donde acudieron Francisco Maceo Ossorio y Pancho Aguilera, constituyendo el "Comité Revolucionario de Bayamo", que eligió a Aguilera, Presidente, a Maceo Ossorio, Secretario y a Pedro Figueredo, Vocal.

El resultado fué tal y tales fueron las consecuencias de una no interrumpida propaganda, que Carlos Manuel de Céspedes, uno de los conjurados y más activos propagandistas, se resolvió a lanzarse al campo, en presencia de una orden de prisión contra él y sus adeptos, el 10 de octubre de 1868, en su ingenio "La Demajagua". Pronto todo el Departamento oriental se agrupó bajo el estandarte de la revolución, se tomó a Bayamo, se rechazaron las fuertes columnas que de Manzanillo y Santiago vinieron en socorro de la ciudad sitiada y la lucha se asentó sobre sólidas bases.

Respondieron Camagüey y las Villas: se unificó la Revolución y el 10 de abril de 1869, fué proclamada la República de Cuba, dándose su constitución y creándose los distintos poderes que habrían de regir sus destinos. Aunque Céspedes fué electo Presidente, no se olvidó la importancia de los servicios de Aguilera, que fué electo Vicepresidente de la República, Lugar Teniente General del Ejército — Segundo del General en Jefe—y Secretario de la Guerra. Aquel hombre siempre grande y generoso, de los tres cargos, ocupó el de mayor peligro, aquel de más difícil desempeño; nombró a Pedro Figueredo, Subsecretario de la Guerra, que actuaría en su ausencia, y marchó a la organización y dirección de la campaña en Oriente. Dirigió varias acciones de guerra y siempre dió gran ejemplo de valor, de orden y disciplina.

En 1871, en presencia de las diferencias entre los emigrados cubanos, resolvió el Presidente Céspedes enviar al General Aguilera y al, hasta entonces Secretario de Relaciones Exteriores, Dr. Ramon Céspedes Barrera, para que asumieran la Agencia General, el primero y las funciones diplomáticas, el segundo. Los nuevos Agentes abandonaron las costas de Cuba, por el Sur de la isla, por el puerto de Boca Caballo, en la Sierra Maestra, el martes 27 de junio de 1871. Los condujo el valiente Coronel Juan Luis Pacheco, llegando felizmente a la isla de Jamaica.

Los nuevos Representantes de la Revolución fueron recibidos por todos los emigrados con muestras de simpatías. Todos depusieron sus actitudes y tal parecía que el patriotismo cerniéndose sobre aquellas agrupaciones de abnegados servidores de la Patria, habría de traer días bonancibles y prósperos para la causa de la libertad de la Patria. Pero fué un vano ensueño, que se evaporó como una ilusión: pronto surgieron las mismas dificultades y las mismas divisiones.

Aconteció la deposición de Céspedes, como Presidente de la República (Ocb. 27, 1873) y Aguilera fué llamado, como Vicepresidente, a cupar el cargo, que le señalaba la Constitución. Pero en su empeño por cumplir con su deber se le presentaron otras y más penosas dificultades. Se movió por todas partes y en todos sentidos por volver

3

1000201

a Cuba: todos eran obstáculos insuperables que se traducían en fracasos. Errante por las Antillas, solicitando la manera de cumplir su deber, sin recursos, desfallecido por tanto luchar, rodeado siempre de obstáculos insuperables, se rindió, al fin, ante el destino: lo venció la adversidad y en su afanoso y sobrehumano esfuerzo, contrajo la enfermedad que desgraciadamente lo postró.

Enfermo de cuerpo y alma, decepcionado, entristecido, retornó a la ciudad de New York para entregar su alma a Dios el immaculado patriota, el día 22 de febrero de 1877, en la casa marcada con el número 233 de la calle 30, al Oeste. Eran las 10½ de la noche.

La ciudad de New York honró la memoria del patriota y del abolicionista, enlutando la fachada de la casa consistorial, poniendo la enseña americana, junto a la cubana, a media asta, en señal de duelo y tendiendo sus restos en capilla ardiente en la sala capitular.

Sus venerables cenizas fueron trasladadas a Cuba en octubre de 1911, a los 34 años de su muerte, en uno de los buques de guerra de la República, recorriendo la isla, desde la Capital hasta Bayamo, en imponente procesión, siendo depositados en el panteón de su familia, en la necrópolis de aquella ciudad, el 10 de octubre, al cumplirse 43 años de haberse iniciado la lucha por la independencia de su Patria.

Al que esto escribe le cupo la triste suerte de formar parte de la luctuosa comitiva, que condujo sus despojos del exterior a Cuba. Otra vez fuimos compañeros de viaje, acompañando aquellos adorados restos a través de una vía, en que las muchedumbres del trayecto elevaban sus preces al Altísimo por el eterno descanso de aquel mártir del deber y regaban con sus lágrimas piadosas, la senda que hacia el lugar de su nacimiento recorría la triste comitiva...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2060202

FRANCISCO VICENTE AGUILERA Y TAMAYO

Por Fernando Figueredo Socarrás.

Bayamo, junio 23 - 1821 - New York, febrero 22 - 1877.

Francisco Vicente Aguilera y Tamayo, una de las figuras mas prestigiosas de la Revolución que estallara en la Demajagua, el 10 de octubre de 1868, nació, como otros preclaros varones del patriotismo cubano, en Bayamo, el 23 de junio de 1821. Fue hijo del Coronel Antonio Ma. Aguilera y de la Sra. Juana Tamayo e Infante, pertenecientes ambos a distinguidas familias de aquella antigua y legendaria ciudad. El Coronel Aguilera comandaba las milicias, disciplinadas del Departamento Oriental.

Este matrimonio tuvo dos hijos, Antonio Maria y Francisco Vicente. El primero salió temprano de su ciudad natal. Estudió en Madrid y a su vuelta a Cuba, fijó su residencia en La Habana, donde contrajo matrimonio, muriendo sin sucesión.

Francisco Vicente (Pancho, como cariñosamente se le llamaba) empezó su educación en el mismo Bayamo y aun adolescente, fué enviado a Santiago de Cuba, donde completó su instrucción primaria. A los 15 años pasó a La Habana, ingresando en el entonces afamado colegio de Carraguao, que, con tanta competencia dirigía el conocido educador, Sr. Navarro. Terminada su educación superior cursó Leyes, carrera que no llegó a terminar, pues como José Antonio Saco, y otros bayameses, la abandonó al terminar el Bachillerato en Leyes.

A los 25 años, volvió a Bayamo (1846), ocurriendo a poco de su

1000203

llegada el sensible fallecimiento del autor de sus días. Esto, sin duda, y el deber de enjugar las lágrimas de su santa madre, le obligó a permanecer en su ciudad natal, con su mayor razón cuando los cuantiosos intereses dejados, a la muerte de su padre, le aconsejaron dedicar a ellos su atención. Ya su hermano mayor había dejado de existir.

A los 27 años, contrajo matrimonio, con la Sra. Ana Kindelan y Griñan, hija de Santiago de Cuba, descendiente, como Aguilera de familia de noble alcurnia y admirada. Este enlace se vió favorecido por diez hijos, cinco hembras; Caridad, Juanita, Anita, Magdalena y María y cinco varones; Antonio, Francisco, Juan, Pedro y Eugenio, de los cuales quedan sólo dos hembras, Anita y María y dos varones, Pedro y Eugenio. Aguilera residió siempre en Bayamo, rodeado del amor de su distinguida familia y siendo, a la vez, el centro y el alma de aquella culta y progresista Sociedad

Entregado a la dirección de su inmensa fortuna, que llegó a adelantar al extremo de hacerse el hombre mas acaudalado en la región comprendida entre Trinidad y el extremo Oriente: pasaba su tiempo atendiendo a sus intereses, a los deberes de su familia y al cuidado de su anciana madre. Por su esmerada educación, por la bondad de su carácter, por sus sentimientos, generosos y altruistas y, mas que nada, por sus hábitos democráticos, Pancho Aguilera, vino a hacerse no sólo el director y consultor de aquella sociedad, sino el ídolo del pueblo, que lo adoraba y lo estimaba como su mentor, e inconcientemente como su futuro redentor. En aquella ciudad de afectos íntimos y de costumbres sencillas y patriarcales, no había un carácter que demandara mas respeto ni

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1000204

mas consideración de las masas populares, que Pancho Aguilera. Era alto, esbelto, delgado, de facciones muy finas, de continente airado, de ojos lánguidos, de modales distinguidos y como característica de su fisonomía, usaba muy larga barba, que se dejaba crecer hasta cubrirle el pecho y que tanto lo aproximaba a un patriarca bíblico. A pesar de su fortuna, de su educación y los aires señoriales que mecieran su cuna, se le veía confundirse con el pueblo y tomar parte con este en la celebración de fiestas a que se entregaban las clases media y populares de la sociedad.

Su inmensa riqueza consistía en ingenios, potreros, haciendas, de crianzas, residencias palaciales en Bayamo, Manzanillo y Santiago de Cuba. Contaba por centenares de miles las cabezas de ganados, lanary caballar. Tenía gusto e interés por el mejoramiento de las razas y en sus haciendas ostentaba, con singular orgullo, los mas bellos y refinados ejemplares de todos los grupos de aquellos animales. Solo en las Tunas era dueño de las dilatadas y ricas zonas de tierra conocidas por Birama y Calaniguan, que comprendían un territorio encerrado por el camino central de la Isla hasta el Cauto, unas 15 leguas, extendiéndose hacia el Sur hasta el mar. Algunos estados europeos podían caber facilmente en el área de su propiedad. Sus esclavos eran incontables y los mayores, empleados y dependencias de sus dominios formaban legiones.

Aguilera era un monarca que poseía grandes territorios y le obedecían millares de súbditos. Su influencia y su proximidad eran tales que su voz de mando, hacía retemblar comarcas enteras.

A principios de 1863 pasó por el inmenso dolor de perder a la madre, el amor de sus amores, y fué tal el efecto que produjera

1000205

en él semejante pérdida, que su familia y amigos le aconsejaron se alejara de aquél escenario, emprendiendo un viaje al extranjero. Al que esto escribe, como sentida muestra de la admiración que siempre le inspiró, siendo niño, le cupo la dicha de acompañarle en ese viaje, que se efectuó en el mes de mayo de 1863, siendo los E. U. el primer país, visitado por él.

Una vez que recorrió aquel grandioso y admirable foco de Libertad y Democracia, Aguilera pasó a Europa, teniendo la inestimable suerte de atravesar el Atlantico, en unión de aquél otro carácter patriótico que se llamó Domingo Goicouria, su condiscípulo de Carraguao y ahora su compañero en ideales y amor a la causa de la libertad de la Patria. Calcúlese cuanto gozarían aquellos dos hombres en su largo viaje, en que habrían de recordar los dulces e inocentes días de la niñez y que se les presentaba la ocasión de meditar sobre la situación presente de Cuba y forjar planes para el provenir. A ambos le cupo la inefable felicidad de encontrarse y recordar sus compromisos, en los ensangrentados campos de la lucha armada como gladiadores de la causa de la emancipación de Cuba. Fué como una cita de honor heroicamente cumplida.

Aguilera recorrió las principales naciones europeas: visitó a Inglaterra, (atravesó el oceano en aquella maravilla flotante, que se llamó el "Grear Eastem" que sirviera de argumento a Julio Verne para escribir una de sus mas fantásticas novelas) pasando después a Francia y Alemania. A fines del año, volvió a su ciudad natal, habiendo aumentado sus conocimientos en la grandiosa escuela de los viajes.

La situación de Cuba, no podía serle indiferente. Saturada como

1000206

se encontraba su alma de los principios de Justicia y Democracia: muerta su madre y creyéndose dotado de fuerzas moral, financiera y popular para acometer la empresa de libertad, se decidió a afrontar aquella y dedicarse al santo ideal de la libertad de Cuba y ya, desde 1864, no pensó sino en levantar un altar en su corazón a la consumación de su pensamiento. Lamentamos que el espacio que se nos ofrece sea tan reducido para detallar la vida de este preclaro varón, que, obsesionado por el sagrado sentimiento, que ya dominaba su existencia, se resolvió, sin medir las consecuencias, a dejarse arrastrar por la corriente del mas puro y desinteresado patriotismo.

El fracaso de los comisionados cubanos, que en 1866, fueron a la Corte española a informar sobre la situación y necesidades de la Colonia: la afrentosa conducta de la Comisión Militar, que tantas víctimas costara al pueblo de Cuba y la despótica conducta de las Autoridades, exacerban los espíritus y la conciencia del pueblo de manera tal, que aquellos que se creían en el deber por su posición y relaciones de asumir la responsabilidad, se arrogaron la facultad de la defensa y dirección de las masas. De ahí la resolución de Aguilera y algunos compañeros de iniciar la campaña de una activa conspiración.

La Gran Logia Masónica de Santiago de Chba, deseando extender su fraternal propaganda, por todo el territorio Oriental, instaló Logias subordinadas en todas las localidades de alguna importancia y este fué un resorte precioso de que se valieron los patriotas para comenzar y propagar la santa idea de la Revolución. Nació en una sesión de la R. Logia "Redención" de Bayamo, la idea de cons-

3880207

tituir un Comité Central que tuviera a su cargo la difusión de un programa revolucionario. Esa misma noche se reunieron en la palacial residencia de Pedro Figueredo (autor de nuestro Himno Nacional) a donde acudieron Francisco Maceo Ossorio y Pancho Aguilera, constituyendo el "Comité Revolucionario de Bayamo", que eligió a Aguilera Presidente, a Maceo Ossorio, Secretario y a Pedro Figueredo, Vocal. Jamás causa alguna ha tenido unos propagandistas más activos y nunca predicación se ha extendido con más rapidez, ni ha encontrado más simpatías, ni mayor número de adeptos que aquella dirigida por el Comité de Bayamo. En todas partes se abrían los corazones, se formaban Clubs subordinados y se ofrecían para extender la propaganda. Pronto la comarca se vió minada. Los Agentes recorrían, cual un incendio, las campos, prendiendo en todas las almas y abrasando todas las conciencias. Se invitó al Camagüey, que solícito correspondió al llamamiento: se celebraron conferencias. El nombre de Aguilera, conocido en toda la Isla servía de estandarte y al conjuro de la respetabilidad de su carácter se acudía, espontáneamente de todas partes, a su llamamiento.

El resultado fué tal y tales fueron las consecuencias de una no interrumpida propaganda, que Carlos Manuel de Céspedes, uno de los conjurados y más activos propagandistas, se resolvió a lanzarse al campo, en presencia de una orden de presidio contra él y sus adeptos, el 10 de octubre de 1868, en su ingenio "La Demajagua". Pronto todo el Departamento oriental se agrupó bajo el estandarte de la Revolución, se tomó a Bayamo, se rechazaron las fuertes columnas que de Manzanillo y Santiago, volaron en socorro de la ciudad sitiada y la lucha se asentó sobre sólidas bases.

Respondieron Camagüey y las Villas; se unificó la Revolución y el 10 de abril de 1869, fué proclamada la República de Cuba, dándose su Constitución y creándose los distintos Poderes que habrían de regir sus destinos. Aunque Céspedes fué electo Presidente, no se olvidó la importancia de los servicios de Aguilera, que fué electo Vice Presidente de la República, Lugarteniente Gral. del Ejto., Segundo del Gral. en Jefe y Secretario de la Guerra. Aquel hombre siempre grande y generoso, de los tres cargos, ocupó el de mayor peligro, aquel de más difícil empeño: nombró a Pedro Figueredo, Sub Secretario de la Guerra, que actuaría en su ausencia, y marchó a la organización y dirección de la campaña en Oriente. Dirigió varias acciones de guerra y siempre dió gran ejemplo de valor, de orden y disciplina.

En 1871, en presencia de las diferencias entre los emigrados cubanos que enervaban sus esfuerzos con gran perjuicio de los patriotas que en los campos de la revolución luchaban y morían por la causa común de todos los cubanos, se resolvió el Presidente Céspedes enviar al General Aguilera y al hasta entonces Secretario de Relaciones Exteriores, Dr. Ramón Céspedes Barren, para que asumiera la Agencia General, el primero y las funciones diplomáticas, el segundo. Se esperaba que el nombre y respetabilidad de estos preclaros varones, harían desaparecer las luchas intestinas, que habían minado las emigraciones. Los nuevos Agentes abandonaron las costas de Cuba, por el Sur de la Isla, por el puerto de Boca Caballo, en la Sierra Maestra, el martes 29 de junio de 1871. Los condujo el valiente Coronel Juan Luis Pacheco, llegando felizmente a la isla de Jamaica.

Los nuevos Representantes de la Revolución, fueron recibidos

1000209

por todos los emigrados con muestras de simpatías. Todos depusieron sus actitudes y tal parecía que el patriotismo cerniéndose sobre aquellas agrupaciones de abnegados servidores de la Patria, habrían de traer días bonancibles y prósperos para la causa de la libertad de la Patria. Pero fué un vano ensueño, que se evaporó como una ilusión; pronto surgieron las mismas dificultades y las mismas divisiones. Tanto Aguilera, como Céspedes, se creyeron mártires de la situación. El Agente General - Aguilera - se movía de un extremo a otro del País y aun marchó a París, predicando la armonía, solicitando la ayuda del patriotismo para socorrer a los soldados que luchaban y morían en los campos del honor. Su santa peregrinación y su constante predicación y noble ejemplo fué de muy insignificante resultado. Tal parecía que las luchas intestinas habían envenenado el sentimiento de la Patria.

Aconteció la deposición de Céspedes, como Presidente de la República (oct. 29, 1873) y Aguilera fué llamado como Vice Presidente a ocupar el cargo que, como Vice Presidente, le señalaba la Constitución. Esto le llenó de júbilo, porque se le relevaba de la desairada situación que en el extranjero ocupaba y se le proporcionaba la dicha de ocupar su puesto entre las huestes combatientes.

Pero en su empeño por cumplir con su deber se le presentaron otras y más penosas dificultades. Se movió por todas partes y en todos sentidos por volver a Cuba; todos eran obstáculos insuperables que se traducían en fracasos. Errante por las Antillas, solicitando la manera de cumplir el deber, sin recursos, desfallecido por tanto luchar, de tanto bregar con la adversidad, rodeado

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

1000210

siempre de obstáculos insuperables, se rindió, al fin, ante el destino: lo venció la adversidad y en su afanoso y sobrehumano esfuerzo, contrajo la enfermedad, que, desgraciadamente lo postró. Aquel noble que había resistido los mas desatados huracanas, a la postre, se doblgó vencido por su suerte adversa.

Enfermo de cuerpo y alma, decepcionado, entristecido, retornó a la ciudad de New York para entregar su alma a Dios, el legendario e inmaculado patriota, el día 22 de febrero de 1877, en la casa marcada con el No. 223 de la calle 30, al Oeste. Eran las 10 $\frac{1}{2}$ de la noche.....

La ciudad de New York, honró la memoria del patriota y del abolicionista, enlutando la fachada de la casa consistorial, poniendo la enseña americana, junto a la cubana, a media asta en son de duelo y tendiendo los sagrados restos en capilla ardiente en la Sala Capitular.

Sus venerables cenizas fueron trasladadas a Cuba en octubre de 1911, a los 34 años de su muerte, en uno de los buques de guerra de la República, recorriendo la Isla, desde la Capital, hasta Bayamo, en sentida e imponente procesión, siendo depositado en el panteón de su familia, en la necrópolis de aquella ciudad el día 10 de octubre, al cumplirse 43 años de haberse iniciado la lucha por la independencia de su Patria.

Al que esto escribe le cupo la triste suerte de formar parte de la luctuosa comitiva, que condujo sus despojos del exterior a Cuba. Otra vez fuimos compañeros de viaje, acompañando aquellos adorados restos a través de una vía, en que las muchedumbres del trayecto elevaban sus preses al Altísimo por el eterno descanso

3000211

de aquél mártir del deber y regaba con sus lágrimas piadosas, la senda que hacía el lugar de su nacimiento recorría la triste comitiva.

(f) Fernando Figueredo Socarrás.

Mayo, 1921.

MB/.